

24 DÍAS DE DICIEMBRE



Mar Miranda

24 DÍAS DE DICIEMBRE

Mar Miranda

Copyright © 2024 Mar Miranda

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter

Library of Congress Control Number: 2018675309

Printed in the United States of America

A los amantes de la Navidad



1 DE DICIEMBRE

Paola resopló mirando el rellano lleno de cajas. Todavía le quedaba bastante por guardar. Empezaba un nuevo trabajo como fisioterapeuta en Gijón, y se mudaba desde su pueblo, Villaviciosa, a la ciudad.

Encontró alojamiento gracias a una inmobiliaria, era lo más rápido y tenía pocos días antes de empezar. Era una casa convertida en apartamentos. Los dueños, un matrimonio mayor, habían decidido separar la planta baja de la alta, hacer otra entrada independiente, y dividir la planta superior en dos apartamentos. No eran grandes, pero tenían lo necesario: cocina abierta al salón, un dormitorio y un baño. Además, al menos el que ella había alquilado, el 1ºB; estaba muy bien equipado con chimenea eléctrica, utensilios de cocina básicos, sábanas, mantas y toallas.

La casa se encontraba en el centro, en la parte antigua junto a la Casona de Álvarez Nava. Era un buen lugar, tenía cerca el paseo marítimo y la playa, así como un gran parque por el que pasear, el cerro de Santa Catalina.

Una vez tuvo todas las cajas en el pequeño pasillo que hacía de rellano y de separación entre ambos apartamentos, las fue metiendo en el interior. Prefirió quitarse todos los viajes por las escaleras y quedarse ya refugiada del frío y la lluvia. Pensó un instante si a sus vecinos les molestaría el desorden, pero, como era algo puntual, no le dio importancia.

Media hora más tarde, mientras terminaba de colocar una caja de libros y materiales, escuchó un ruido en la puerta y a alguien chasqueando molesto.

¿Qué es esto? Pensó Bruno. Casi se cayó de boca, menos mal que tenía buenos reflejos. Escuchó a alguien en la puerta de enfrente, así que intuyó que habían alquilado el apartamento. Iba a reprocharle al nuevo inquilino que dejara las cosas en medio, pero entendió que sería por la

mudanza, así que, se quejó para sí mismo llenándose de paciencia.

Paola se asomó rápidamente y vio a un hombre joven, de su edad más o menos, que se había tropezado con una de las cajas. Se apresuró a salir y disculparse.

- Lo siento, estoy de mudanza y...

Se quedó callada. El hombre, su vecino del 1º A por lo que pudo ver, la ignoró por completo. Farfulló algo que no llegó a entender, y se metió en su apartamento. ¡Qué maleducado!

- Encantada – dijo con sarcasmo en voz alta.

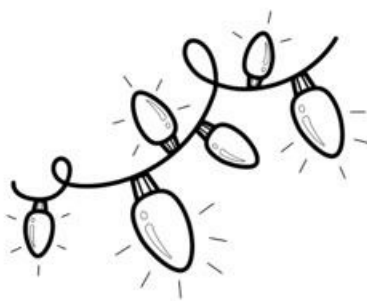
Recogió las dos cajas que quedaban en el rellano y cerró también su puerta.

Bruno valoraba mucho su privacidad y su espacio, además, le costaba confiar en la gente. Algunos del barrio lo llamaban el ermitaño, ya que habían intentado acercarse a él, pero les había cortado. Simplemente no quería que sintieran pena por él, por eso se relacionaba lo justo y necesario para no ser grosero, aunque muchos ya lo habían etiquetado como tal.

Así que vecina nueva, pensó. Esperaba que no fuera ruidosa como los inquilinos anteriores, una pareja joven que ponía música alta a todas horas, dejaba basura fuera, daba golpes y discutía constantemente. En cuanto se les acabó el contrato, los invitaron a buscar otro sitio donde vivir.

Venía de trabajar y entre la lluvia y el aire frío, le apetecía una buena ducha caliente para relajarse.

Una vez en pijama, Bruno se preparó un sándwich para cenar y se sentó en el sofá dejando el plato en la mesa auxiliar. Buscó los cascos y, antes de ponérselos, intentó escuchar el ruido ambiente, más que nada por su vecina, pero no se oía nada más que el repiqueteo de la lluvia en la ventana. Satisfecho, se puso los cascos y reprodujo el audiolibro con el que estaba en ese momento: Tierra, de Eloy Moreno.



2 DE DICIEMBRE.

Bruno se ató bien los cordones de las zapatillas. Una vez en semana desde hacía dos años quedaba con su entrenador personal, Martín, y corrían unos 7 kilómetros siempre que el tiempo lo permitía. Un poco de lluvia no los detendría, pensó.

Desde niño su madre lo había acostumbrado a moverse y ejercitarse, lo cual agradecía. Era algo que siempre le había ayudado a sentirse más independiente. A lo largo de los años, había probado muchos deportes, pero prefería correr o nadar. De hecho, acudía al polideportivo dos veces a la semana, y pasaba un buen rato en la piscina cubierta nadando. No era especialmente fuerte ni tenía un cuerpo marcado, pero se mantenía en forma. No le daba importancia al físico, solo a sentirse bien.

Puntual, Martín llamó al porterillo y esperó en la calle. Iban juntos hasta el paseo marítimo, y ahí empezaban con el calentamiento y luego el ejercicio. Solían bordear la playa y disfrutar del olor a mar y el sonido de las olas, mezclado con el bullicio del día a día de la ciudad.

- La navidad está a la vuelta de la esquina – comentó Martín a su lado.
- Imagino que ya estará toda la ciudad decorada.
- Así es. Ya mismo empiezan las actividades. Iré con mi mujer y mi hija este fin de semana al mercado navideño, podrías venirte y tomamos un café – le propuso.
- Lo pensaré - contestó.

Martín le caía bien. Bruno confiaba en él y le agradecía que lo invitara a hacer planes. Era de las pocas personas con las que sentía que podía ser él mismo, un buen amigo.

Una vez acabaron de correr, se despidieron en la casa de Bruno. Este, empapado, estaba

deseando cambiarse la ropa mojada por un chándal seco y abrigado. Un buen café y un gofre casero de harina y leche de avena era lo que le pedía el cuerpo, pensó sonriente estirando los brazos mientras subía las escaleras.

Su puerta estaba justo en frente de la de su nueva vecina. Estaba liado con la cerradura, cuando escuchó que ella salía.

- Buenos días – dijo Paola.

No estaba segura de si tacharlo ya de borde maleducado o de si darle una nueva oportunidad. Optó por lo segundo, un mal día lo tiene cualquiera, así que, puso su mejor sonrisa y le tendió la mano.

- Soy Paola, tu vecina de enfrente.

- Bruno, encantado – contestó escuetamente sin estrecharle la mano.

Paola se sintió ridícula y, con la mano que tenía levantada, se rascó el brazo para disimular.

- Cualquier cosa que necesites, no dudes en preguntar – continuó ella, más por educación que por ganas.

- Gracias e igualmente – dijo Bruno sin convencimiento -. Si me disculpas, debo entrar a cambiarme. Adiós.

Y cerró la puerta tras de sí.

Paola, incrédula, puso los ojos en blanco y se fue. ¡Vaya tío! Pensó. Bueno, siendo justa le había contestado educadamente y estaba empapado, no era el momento, pero había algo raro y grosero en él... Todo lo que tenía de guapo, lo tenía de cortante también.

Hoy había podido fijarse en él con más detalle. Iba en chándal, parecía que venía de hacer deporte. El pelo mojado y echado hacia atrás mostraba su cara al descubierto y le daba un toque atractivo. No llevaba barba ni bigote, lo que dejaba ver un pequeño lunar en el moflete. Su voz sonaba grave y cortés.

Una parte de ella quiso saber más sobre Bruno, aunque otra le decía que pasara de él... El tiempo decidiría a cuál escuchar.

Se encogió de hombros y siguió su camino hacia la residencia de ancianos en la que trabajaría. Quería aprenderse bien la ruta para no perderse ni dar muchas vueltas, así que, con el chubasquero bien abrochado y su gorro impermeable, comenzó a andar.



3 DE DICIEMBRE

Las calles estaban adornadas por Navidad. Era de día por lo que Paola no pudo admirar completamente las luces, pero tendría tiempo de hacerlo. Adoraba estas fechas de alegría, júbilo y celebraciones. Como amante de las comedias románticas navideñas, era época de sofá, peli y manta, churros, decorar la casa, hacer galletas de jengibre, llevar un jersey colorido, etc. Cualquier cliché era bienvenido. No entendía que hubiera gente que odiara la Navidad, como su familia. No hacían grandes reuniones ni nada que distinguiera esos días del resto de año. Quizás por eso, una vez que empezó a vivir por su cuenta, cambió completamente y pasó de un extremo a otro.

Pasó frente a una cafetería cuyo cristal estaba decorado con copos de nieve, cajas envueltas simulando regalos y una guirnalda de luces. Fuera, un cartel con dibujos de gorros de Papá Noel indicaba que la oferta del día era “Café más croissant”. Encantada, pues le apetecía entrar en algún local donde refugiarse del frío y el aire que hacía, abrió para quedarse aún más embelesada con la cafetería. Tenía dos plantas y, además de cafetería, tenía un rincón biblioteca con un par de sillones. El calor del local la reconfortó al instante. Mientras se quitaba la bufanda y el gorro, echó un rápido vistazo escogiendo dónde sentarse. Las mesas y sillas eran simples, pero las habían pintado cada una de un color que, junto con los cuadros que decoraban la pared, le daban personalidad al lugar.

Una vez desayunó y pagó, se acercó al rincón biblioteca a mirar títulos de libros. Le llamó la atención uno de Miranda Bouzo, *Vientos de Escocia*. Satisfecha, salió sintiendo que había descubierto una cafetería donde ir a menudo.

Estuvo el resto de la mañana paseando por el Cerro de Santa Catalina, donde hacía muchísimo aire, hasta que decidió volver al centro a buscar cosas de decoración para el apartamento. Si luego lo dejaba en el mismo estado, tenía permiso para pintar y colgar cuadros sin problema. Paola pensó que por ahora dejaría el tema de pintura para más adelante, pero sí que cogió un par de estantes y un tapiz de hilo entrelazado que quedaría ideal junto al sofá.

De vuelta a casa, vio cerca una floristería. No conocía a sus caseros personalmente, todo lo había gestionado con su hijo por teléfono, pero le pareció un buen detalle comprarles alguna flor o planta y presentarse.

Esa misma tarde, antes de que cerraran la floristería, se alargó y compró un lirio. De vuelta, llamó dudosa a la puerta de los caseros por si no recibían bien la visita inesperada.

Una señora de unos setenta años abrió la puerta. Iba muy bien vestida, demasiado para estar en casa, pensó Paola. Eso hizo que Paola se sintiera más retraída, pero, en cuanto la vio, la señora esbozó una gran sonrisa que la relajó.

- Hola, eres la nueva inquilina, ¿no? Te vi ayer subiendo.
- Sí. Paola, encantada – dijo.
- Soy Angustias, es un placer. Espero que esté todo bien y a tu gusto.
- Todo perfecto, muchas gracias.
- Pasa, pasa – le dijo -. Fuera hace frío.

Paola iba a poner una excusa e irse, pero Angustias la cogió del brazo y la empujó suavemente hacia el interior.

- Solo quería presentarme - comentó Paola -, y daros este pequeño detalle.
- Oh, gracias. No hacía falta. Ven, ¿quieres un café o algo?
- ¿Manzanilla tienes?
- Claro.

Pasaron media hora en el salón charlando. Angustias era una mujer abierta y carismática, lo que hacía fácil hablar con ella. Le contó que tenía dos hijos, uno que vivía en la ciudad y otro en el extranjero, y que llevaba varios años ya en la casa con su marido. Se les hacía muy grande solo para ellos, así que decidieron hacer la separación. Por lo que le contó, ambos estaban jubilados, aunque su marido solía ir a menudo a la casa de su hermano, en un pueblo cercano, a ayudarlo con el terreno; y ella acudía a muchas actividades en la ciudad. Tenía un grupo de amigas con el que iba tanto a eventos culturales, como excursiones, paseos y quedadas.

Cuando el marido volvió, Paola se presentó y se levantó para despedirse y subir a su apartamento. Fue la excusa perfecta.

- Antes de que te vayas. Toma – dijo Angustias ofreciéndole un táper -. Es un guiso hecho por Bruno, el vecino de arriba. No sé si os conocéis.
- Nos hemos cruzado un par de veces.
- Ah, estupendo. Es encantador, ¿verdad?

¿Hablaban del mismo vecino? Pensó Paola.

- Cocina de maravilla y, muchas veces, cuando hace guisos nos trae un par de raciones – continuó.
- No puedo aceptarlo...
- ¡Claro que sí! A él no le importará. Además, vamos a estar fuera tres días y aquí se va a poner malo. Toma, toma. Es de alubias con verduras. Verás qué rico.

Paola se vio en la calle con el táper en la mano y Angustias sonrientemente cerrando la puerta. Pues nada, pensó. Ya que lo tenía... se lo comería.

Mientras calentaba el guiso, ya en pijama y con una película esperándola en la tele, escuchó

ruido en el pasillo. Se asomó a cotillear por la mirilla y vio que era un trabajador de un supermercado llevándole la compra a Bruno a su piso. ¿Tanto compraba que pedía que se lo llevaran? ¿O era por falta de tiempo?



4 DE DICIEMBRE.

Bruno salió de la piscina y se dirigió a los vestuarios. Amaba nadar. La sensación de estar en el agua, bucear, flotar y moverse en sí, le hacían sentirse vivo. Sabía ya desde hacía unos años cual era la mejor hora para ir sin que apenas hubiera gente, de esta forma podía tener una calle para él solo.

Con la energía renovada volvió a casa en autobús. Por la hora que era, su casa debía estar ya vacía. Había contratado personal de una empresa de limpieza que iba a tres veces en semana a su casa a limpiar y planchar. Le gustaba mantener un orden y esa era una buena forma de hacerlo. Nada más abrir su puerta, escuchó el característico *miau* de su gata Luz. Si no estaba durmiendo cómodamente en el salón, salía a saludarlo y restregarse entre sus piernas. Sonriente, la cogió en brazos y la abrazó.

- Hola, pequeña – le susurró.

Una vez lavó la ropa, se sentó en el escritorio a trabajar. Rápidamente Luz saltó a su regazo y se acurrucó.

Bruno trabajaba como traductor de Inglés e Italiano. Debía agradecer enormemente a las tecnologías por ello, pensó.

Tenía hasta las cinco de la tarde para trabajar. Luego, iría como cada martes a dar clases en el centro cívico cercano a su casa.

Paola salió de su primer día de trabajo. Era ya de noche, así que, a pesar del agobio que había sentido y el cansancio, ver las calles iluminadas le hizo cambiar de humor. Llamó a su mejor amiga, Marta, para contarle cómo le había ido. No era un trabajo difícil, pero debía aprender el

historial de cada paciente, buscar el movimiento necesario, trabajar en una rehabilitación enfocada, etc. Sabía que sería cuestión de tiempo dominarlo todo, pero hoy se había abrumado. Al menos, sus compañeros parecían buena gente. De hecho, Andrea, una auxiliar un poco más joven que ella, le había dado su número y habían acordado quedar esta semana algún día a la salida del trabajo.

Después de alargar su paseo por la ciudad, subió las escaleras a su casa. Para su sorpresa, en el rellano había un pequeño gato blanco con la cola tricolor. Cuando la vio, el gato maulló y se acercó a ella.

- Hola, ¿de dónde sales?

¿Sería del vecino? Llamó a su puerta para preguntarle, pero nadie le contestó. Decidió meter al animal en casa hasta mientras tanto. Si no era de él, iría al veterinario para ver si tenía chip y miraría webs de animales perdidos.

El gato pasó como si estuviera en su casa. Al abrir la puerta, entró y se subió a una silla donde se hizo una bola y se puso a dormir. Qué monada, pensó Paola.

Casi una hora más tarde, decidió volver a probar. Cogió al pequeño en brazos y se dirigió a la puerta. Justo cuando iba a abrir, escuchó que llamaban al timbre.

- Ah, has vuelto... - dijo Paola abriendo con el animal en brazos.

Iba a averiguar si era de él.

- ¿Has visto un gato? – preguntó Bruno.

Paola, desconcertada, miró hacia el animal que llevaba en brazos. ¿No era obvio?

- Es blanco y tiene la cola con manchas negras y marrones – continuó él apurado.

Ella entrecerró los ojos y ladeó la cabeza fijándose en la mirada de Bruno. Parecía que la miraba a los ojos, pero, si se fijaba bien, apuntaba a su rostro. Por inercia, se movió unos centímetros a la derecha. Quería comprobar algo...

- ¿Puedes contestar? Solo necesito saber si lo has visto o no – inquirió Bruno en tono serio.

Pero, ¿qué le pasaba a su vecina? Pensó cabreado. Era una simple pregunta. Tenía que encontrar a Luz. Nunca salía de casa. Al volver, llamarla y notar que no respondía ni se restregaba con él, habían saltado sus alarmas. Por favor, suplicó para sí, que esté bien.

- Eh, sí – contestó por fin Paola -. Lo tengo en mis brazos.

- Ah.

Vale, por eso no respondía. Echó los brazos hacia delante y Luz saltó a ellos emitiendo un pequeño maullido. Bruno la acercó a él y la acarició.

- Entonces es tuyo. ¿Cómo se llama? – preguntó Paola intentando cortar la tensión del momento.

- Luz. Irónico, ¿verdad? – continuó -. Porque, como te habrás dado cuenta, vivo prácticamente en la oscuridad.

Sí, eso había imaginado. Así que era ciego. Por eso se tropezó con la caja y por eso no le dio la mano cuando se la tendió al presentarse, recordó. De repente se sintió muy torpe. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

- Muchas gracias por coger a Luz – dijo Bruno sacándola de sus pensamientos.

Nuevamente se había hecho el silencio y Bruno comenzaba a pensar que estaba sintiendo pena por él. Le pasaba muy a menudo... Lo notaba en la calle cuando iba con el bastón blanco, en el autobús, en la forma de hablar de algunas personas, etc. Lo entendía, era algo diferente y muchas veces la gente no sabe cómo lidiar con eso, pero odiaba esa sensación...

Él, gracias a su familia que desde pequeño lo había entrenado en que fuera autosuficiente,

llevaba una vida autónoma. Muchas veces no era fácil, pero Bruno no era de los que se rendía solo porque fuera difícil. Cocinaba, tenía trabajo, hacía deporte, etc. Estaba contento con su vida, aunque se sentía muy solitaria. Nadie lo entendía, por eso le costaba abrirse a la gente y hacer nuevas amistades.

- Se ha portado muy bien. De hecho, al abrir la puerta ha entrado directamente y se ha acurrucado – explicó Paola risueña.

Si la noticia de su ceguera le había sorprendido, lo estaba disimulando muy bien, concluyó Bruno.

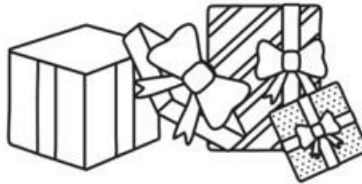
- Sí, es muy buena y mimosa – contestó él relajándose un poco.

Ella iba a añadir algo más, pero tenía la sensación de que esta interacción había sido más que suficiente por ahora. Bruno parecía difícil de descifrar, cosa que entendía.

- Bueno, ya que está todo arreglado, voy a seguir cocinando. Un placer conocerte, Luz – se despidió acariciándola.
- Gracias de nuevo.

Ella asintió sonriente.

- No hay de qué – se apresuró a decir.



5 DE DICIEMBRE

Paola quedó con Andrea para ir a una tienda de decoración de cerámica. Fueron con otra amiga de Andrea y estuvieron en el local pintando y decorando cada una una pieza. Paola eligió una taza, que pintó con motivos navideños: pequeños calcetines, unas hojas de acebo con frutos rojos, bastones, bolas de decoración y gorros de santa.

El sitio estaba super bien, porque, además de la cerámica, servían café y bizcocho. Pasaron un rato divertido pintando, escuchando algo de jazz navideño y conociéndose.

Satisfecha mirando su taza y los platos de las demás, hizo una foto de todas las piezas y las dejaron en la tienda. En un par de semanas pasarían a por ellas.

Después de pintar, decidieron ir a un pub a tomar algo. Andrea y Alba, su amiga, se quedaron para una segunda ronda, pero Paola decidió volver a casa. Se notaba algo cansada.

Dio un pequeño rodeo y pasó por el mercado navideño. Adoraba los puestos de decoración. Había uno de telas con distintos diseños, con cojines, estuches, fundas de libros y de ordenador, etc. Le llamó la atención uno de los cojines, pero como empezaría a llover pronto y tenía tiempo de sobra, se prometió volver otro día a por él. Siguió paseando hasta que paró en un puesto de velas e inciensos, que desde lejos ya olía super bien.

Bruno había quedado con Martín y su familia. Muchas veces lo invitaban a sus planes como cumpleaños, cenas o senderismos. Él lo agradecía de corazón. Martín le recordaba a su hermano Leo, que también lo visitaba dos o tres veces en semana y le proponía constantemente actividades para hacer. Ellos dos eran quienes lo ayudaban cuando lo necesitaba.

Todavía recordaba como la hija de Martín le hizo un montón de preguntas respecto a su ceguera

cuando lo conoció. Martín la quiso parar, pero Bruno lo prefería así. La curiosidad de los niños era inocente y les ayudaba a conocer lo que les rodeaba. La sinceridad era lo mejor para que crecieran sin prejuicios.

De eso hacía un año y medio. Ahora, lo trataba como uno más y, cuando quedaban, se pasaba el rato describiendo lo que les rodeaba, contándole cómo le iba en el colegio y en las actividades, y buscando formas de jugar y divertirse con él. Todo eso hacía que Bruno tuviera un gran cariño hacia ella.

Después de merendar juntos, fueron a las atracciones para niños. Bruno empezaba a agobiarse, porque era un entorno muy ruidoso y con bastante gente, por eso les dijo que después de pasar los puestos se iría a casa. Se sentía algo sobreestimulado.

María, la hija de Martín, lo llevaba de un puesto a otro agarrado de la mano.

- ¡Mira! Aquí hay uno de chuches y manzanas caramelizadas. Las hay de muchos colores – explicaba la pequeña -, rojo, verde, blanco. ¡También chocolate! Vamos a aquel otro – decía rápidamente cambiando de dirección -. Tiene bolas de nieve de cristal.
- Despacio, María.
- ¡Velas con distintas formas! Las hay de árbol, regalos y cascanueces – exclamó emocionada.

Nuevamente tiró de él haciendo que se chocara con alguien.

- Disculpe – se excusó.
- Bruno – dijo Paola sorprendida.

Él reconoció la voz al instante.

- Paola.

No esperaba encontrárselo ahí, y menos de la mano de una niña.

- ¿Os conocéis? – preguntó María.
- Somos vecinos – le explicó Paola -. ¿Estáis de compras?
- Sí, pero me gustan muchas cosas. Mis padres me han dicho que solo puedo elegir una...

Martín y su mujer llegaron en ese momento.

- María, tienes que tener más cuidado, ya te lo hemos dicho. Hay mucha gente.
- Lo sé...
- Está bien – intervino Bruno.
- Oh, eres la vecina ¿no? Soy Martín, el entrenador y amigo de Bruno. Esta es mi hija María y mi mujer Mónica.

Hicieron una breve presentación, y rápidamente María cogió a su madre para ir a otro puesto. Martín la miró expresando un: no tiene remedio.

- ¿Estás sola? – le preguntó Bruno a Paola.
- Sí. He quedado con unas amigas, pero ya iba de vuelta a casa, aunque no he podido evitar pasar por aquí. Hay una vela que me ha llamado la atención, pero no sé qué aroma elegir.

Bruno la escuchaba atentamente, así que a Paola se le ocurrió ponerle en la mano una de las dos velas que le gustaban.

- Esta es blanca con adornos de copos de nieve rojos y huele a vainilla – explicó.

Él se la acercó a su cara y la olió.

- Esta otra – continuó poniéndosela en la otra mano -, es roja con forma de bola de árbol y huele a canela.

Bruno repitió la acción.

- Me gusta más esta – dijo levantando la de canela.
- Sí, creo que a mí también. Tiene un olor perfecto para la época.

Paola pagó y buscó a Martín con la mirada. Lo vio a él y su familia al final del mercado esperándolos.

- Están un poco más adelante. Voy en esa dirección también – dijo ella.
- Vale.
- ¿Quieres agarrarte a mí? – preguntó sin saber muy bien qué hacer.
- Con que sigas hablando me basta – dijo él con seguridad.

Y así fue. Ella le habló vagamente de la vela que acababa de comprar hasta que recorrieron los pocos metros que quedaban.



6 DE DICIEMBRE

Paola volvía a casa por el puente de diciembre. Se juntarían en el pueblo toda la familia, incluyendo primos y tíos, así que le esperaban un par de días moviditos. Sentada en el autobús, no pudo evitar pensar en Bruno. ¿Cómo lo hacía? Admiraba lo seguro de sí mismo que era.

Anoche, tras despedirse de Martín, ambos se fueron juntos de vuelta a casa. Bruno también estaba cansado, así que caminaron al lado los diez minutos que los separaban de casa.

Al salir de la zona más concurrida, Bruno sacó un bastón blanco de su mochila. Paola sentía mucha curiosidad y quería hacerle preguntas sobre su condición, su historia, trabajo, etc., pero por lo poco que había coincidido con él parecía muy reservado, así que no quiso entrometerse.

Bruno se sentía nervioso. Llevaba mucho tiempo sin caminar junto a alguien desconocido, aunque su vecina no era desconocida del todo. Una parte de él no quería quedar mal frente a ella, cosa que no le solía pasar. Su confianza no le fallaba casi nunca. ¿Por qué ese impulso de mostrarse genial?

Hubo unos segundos de silencio, cada uno metido en su propio pensamiento, hasta que Paola le preguntó por Martín.

- Salgo a correr con él una vez a la semana. Martín hace de guía. Corre a mi lado y ambos llevamos una cuerda agarrada que nos une. Hay que tener buena conexión y entendimiento entre corredor y guía para que salga bien.
- Entiendo – dijo ella.
- Ya se ha convertido en un amigo – explicó.
- Y, ¿llevas mucho viviendo en el apartamento?

Paola quería saber más, así que intentó hacer preguntas genéricas.

- Dos años. La verdad es que estoy contento con el sitio y ya me he hecho a moverme por la ciudad desde ahí.

Bruno notó la cautela de Paola. No quería bajar la guardia del todo, pero a la vez quería saber más sobre ella. Quizás porque no actuaba diferente con él.

- ¿Te has mudado por trabajo? – preguntó.

Paola se sorprendió un poco, es la primera muestra de interés que mostraba.

- Sí. Trabajo como fisioterapia en una residencia y ¡Ay! – exclamó distrayéndose.
- ¿Qué pasa? – dijo Bruno frunciendo el ceño intentando escuchar algo.
- Perdona, es el escaparate de una tienda que está decorado super bonito con luces, guirnaldas y carruseles. ¿Te importaría echarme una foto ahí?

Bruno se quedó perplejo.

- Solo tienes que girarte hacia mí – le dijo ella -, y ajusto la luz de la cámara... ¡listo! Solo hay que apuntar y darle al botón.
- ¿Estás segura?
- Sí, a la de tres.

Él se giró en su dirección y levantó el móvil. Escuchó la señal de Paola y pulsó el botón un par de veces. Dudoso le entregó el móvil.

- ¡Salen genial! Muchas gracias. Las voy a subir a mis historias – dijo sonriente.

Siguieron el poco trayecto que quedaba, no más de tres minutos, hablando de los caseros y los apartamentos. Cosas superficiales.



7 DE DICIEMBRE

Como trabajaba por proyectos, Bruno dedicó parte del puente a adelantar traducciones.

Su hermano, que había vuelto de viaje después de pasar una semana entre Soria y Zaragoza, lo recogería para ir a comer a casa de su tío a las afueras de la ciudad. Este tenía una casa con una cochera enorme donde se juntaban a comer de vez en cuando. Encendían la chimenea, y hacían potaje o arroz para todos.

Tras trabajar un par de horas, limpió el arenero de Luz, le dio un rato de mimos, aunque había estado tumbada junto a él en el escritorio; y se preparó para el almuerzo.

Durante el trayecto, fue de charla con su hermano sin dejar de prepararse mentalmente para la comida. Cuando se juntaban muchos, le costaba seguir el hilo de las conversaciones, sobre todo si había varias a la vez. Entre el murmullo y que no podía leer las expresiones o los labios de quien hablaba, si esa persona no estaba sentada al lado de él, no entendía nada.

El tiempo no acompañaba nada, el frío y el aire característicos de la época hacían que no apeteciera salir de casa. Al menos, Bruno notaba cuando la navidad se acercaba porque las calles se sentían más animadas. No podía ver las luces, pero sí distinguía bien los sonidos y olores del mes de diciembre, como el olor a buñuelos, churros, canela, jengibre o sonidos de villancicos, grupos de gente de comidas o cena de empresas, risas, etc. Le seguía pareciendo increíble que entre ese ambiente y el de enero hubiera solo unos días de diferencia. Sí, pensó Bruno, enero sí que era gélido y desierto.

Su tía había preparado unas galletas de jengibre. Sin quererlo, la mente de Bruno voló hacia su vecina. Tenía una voz bonita... Y parecía amable, sobre todo teniendo en cuenta lo descortés que

había sido él. Intentaría hacer unas galletas para ella a modo de disculpa.



8 DE DICIEMBRE

Paola llegó congelada a casa. Eran las siete de la tarde. No había querido volverse tarde porque mañana tenía que trabajar y prefería estar en casa tranquila. Además, apreciaba mucho tener su espacio y momento para ella.

Primero estuvo un buen rato junto a la estufa chimenea y, cuando entró un poco en calor, decidió darse una ducha para ponerse directamente el pijama calentito.

Una vez tuvo todo recogido, se tumbó dispuesta a pasar un rato de sofá, peli y manta, añadiendo una mascarilla facial que le hidratara la cara.

Tardó en elegir película, pero al final se decantó por *Last Christmas*. Desde que la estrenaron hacía pocos años, le gustaba verla cada año por estas fechas. Era simplemente perfecta. Fue pulsar el botón de reproducir, cuando llamaron a la puerta. Extrañada, pensó que podía ser publicidad o su casera.

- Bruno – dijo con sorpresa abriendo.
- Buenas tardes – saludó -. Espero no molestarte.
- Para nada. ¿Qué tal? ¿Necesitas algo?
- No, esto... yo...

Bruno sintió que se quedaba sin palabras. De repente pensó que era una idea ridícula y no sabía muy bien cómo expresarse. ¡Son solo galletas! Se recordó. ¿Qué pretendía? Bueno, se las daría como algo insignificante.

- He hecho galletas y han salido muchas – mintió -. He pensado que quizás te gustarían.
- ¿En serio? ¡Claro! ¿De qué son?
- De vainilla – dijo Bruno abriendo el táper donde las había colocado.

- ¡Qué buena pinta! Y huelen super bien. Gracias, es todo un detalle.

Paola estaba encantada. Amaba los dulces, y aquellas galletas parecían deliciosas. Aunque le sorprendía un poco que hubiera pensado en ella.

- Espero que te gusten – añadió rascándose la cabeza.
- Seguro que sí. Angustias me dio un poco de guiso que hiciste y me encantó. Cocinas muy bien – le contó Paola.
- ¿Sí? Cuando cocino suelo hacer de más... Si te gustó, alguna que otra vez podría traerte un poco – ofreció.
- Sería genial. Si te soy sincera, me da un poco de pereza cocinar...

Ambos se sentían a gusto, pero a la vez es como si ambos se estuvieran conteniendo. Luz salió al pasillo a saludar y se enroscó en las piernas de Bruno.

- Bueno, voy a volver a mi piso – dijo él cogiendo a Luz y dando un paso hacia atrás.
- Gracias de nuevo.
- En realidad...

Sabía que, si no era sincero, iba a estar dándole vueltas.

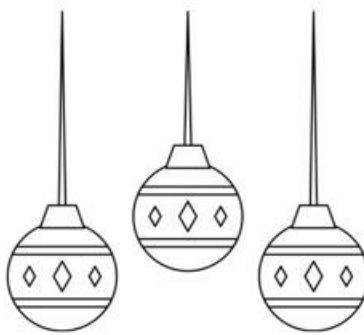
- Las galletas son una forma de disculparme por nuestros primeros encuentros. Fui un poco maleducado.

Paola no se esperaba eso. Abrió la boca para decir algo y la volvió a cerrar sonriente. Después de todo, su vecino solitario tenía corazón como le había dicho Angustias.

- Está olvidado. Además, también yo dejé cosas por medio y te juzgué antes de tiempo – admitió.

Bruno sonrió. Era la primera vez que lo veía sonreír. Le sentaba muy bien, pensó ella.

De vuelta en su sofá, puso la peli y fue picoteando galletas mientras tanto. ¡Estaban riquísimas!



9 DE DICIEMBRE

Cuando abrió la puerta de la casa para ir a trabajar, Paola se encontró con un repartidor en el pasillo.

- Buenos días - saludó ella.
- Buenos días. Perdona, parece que su vecino no está, ¿le puedo dejar a usted el paquete? – preguntó el hombre.
- Mmm – dudó Paola.

No sabía si a Bruno le sentaría mal... Aunque parecía que se habían acercado un poco, al menos había cordialidad entre ellos.

- Sí, sin problema – dijo finalmente.

Firmó y guardó el paquete. Quiso avisar a Bruno, pero se dio cuenta de que no sabía cómo. No podía dejarle una nota y no tenía su número... Simplemente probaría suerte esta tarde llamando a su puerta. Esperaba que él no se quedara en casa esperando ese paquete...

Toda la mañana en el trabajo le estuvo dando vueltas a eso. Hizo una pausa para comer y, como la tarde fue algo más movida y estuvo con un paciente difícil, apartó el tema de su mente.

Leo fue a tomar algo a casa de su hermano Bruno. Llevó patatas y cerveza como de costumbre. Después de comprobar que todo estuviera correcto con el apartamento y con su hermano, ambos se sentaron en el sofá frente a la tele. Jugaba el Atlético, equipo favorito de Leo, y quedaron para ver el partido. A Bruno no le hacía especial ilusión el fútbol, aunque tampoco le disgustaba, y en él había encontrado una forma de acercarse a su hermano y hacer planes juntos. Con los comentaristas más lo que Leo le contaba, se hacía una idea de qué pasaba y conseguía vivir la

emoción del momento.

Paola llamó dos veces. Sabía que estaba dentro porque escuchaba la televisión y otra voz que no era la de Bruno, quizás por eso no oían el timbre. Insistió con otro tercer timbrazo que funcionó.

- Están llamando – dijo Leo -. Ya voy yo.
- Vale.

Bruno silenció la televisión para escuchar de qué se trataba.

- Hola – saludó Paola al desconocido.
- Hola – contestó Leo dándole un repaso con la mirada.
- Soy la vecina de Bruno.

Leo asintió mientras que Bruno, al escuchar la voz de Paola, se acercó a la puerta también.

- Leo, su hermano. Me ha hablado de ti – comentó sonriente.
- Esta mañana me han dejado un paquete para él. Ah, aquí estás – dijo cuando vio a Bruno -. No estabas en casa y lo he recogido yo, espero que no te importe.
- Para nada. Gracias por recogerlo. Lo esperaba mañana - indicó Bruno alzando las manos para cogerlo.
- No sabía cómo avisarte... ¿Por qué no me das tu número? Por si en algún momento fuera necesario.

Esperaba no haber sonado muy directa, aunque era la forma más casual que se le había ocurrido.

- ¡Por fin una chica te pide tu número! – bromeó Leo.

Bruno le dio un codazo.

- ¿Por qué no sigues con el partido?
- Vale, vale.

Leo volvió al sofá y puso de nuevo el volumen de la tele.

- ¿Tienes para apuntar? – preguntó Bruno.
- Sí.

Paola guardó el número y se despidió.

- No me habías dicho que tu nueva vecina fuera tan atractiva... Claro que no lo sabes – se burló Leo.
- Ja, ja.

En parte agradecía el humor de su hermano. Reírse de uno mismo no venía mal. Tenía que admitir que le costó... Al principio todo era sufrimiento y oscuridad. Así que, que la gente a la que apreciaba pudiera hacer chistes malos, significaba mucho para él. No lo tenían en una burbuja temiendo que cualquier cosa le hiciera daño.

- Pero ya te lo digo yo – añadió Leo.

Por la noche, antes de dormirse, Paola le escribió un mensaje a Bruno para que él también guardara su número. Y así lo hizo. Gracias a Voice Over y la tecnología en general, que le había facilitado mucho su independencia, agregó el contacto.

Paola: “Holaa. Soy la vecina. Este es mi número. Qué descanses”

Bruno: “Lo agregó. Qué descanses. A mí todavía me queda un rato”

Ni él mismo sabía con qué intención había añadido eso último. Ella dudó si seguir la conversación o no, pero finalmente le preguntó. Total, no tenía nada que perder.

P: “¿Y eso?”

B: “Me he puesto a trabajar cuando se ha ido mi hermano y ahora estoy muy despierto. Quizás me ponga una película”

Una película, pensó Paola. ¿Cómo era para él ver una peli?

P: "Espero que no te moleste, pero... ¿Cómo ves películas?"

Bruno se rio al escuchar el mensaje.

B: "Con el audio descriptivo. Es como escuchar un audiolibro. Bueno, similar"

P: "No lo había pensado antes"

B: "¿Alguna recomendación?"

P: "No estoy segura de tener el mismo gusto en películas"

B: "No me cierro a un solo género"

P: "En ese caso, ya que se acerca la navidad, Last Christmas. Si prefieres sin temática navideña, Vidas pasadas también me gustó mucho"

B: "Vale, las anoto. Gracias."

P: "Ya me contarás si las ves"

Ambos se encontraban con el teléfono en la mano y sonriendo.



10 DE DICIEMBRE

Menos mal que ya llegaba a casa, pensó Paola. Había sido un día bastante cansado y no le apetecía hacer mucho más, pero tampoco quería encerrarse ya... Suspiró. Soltaría la compra y saldría a dar un paseo por el puerto, decidió.

Subiendo las escaleras, se cruzó con Bruno.

- Hola – dijo ella para hacerse notar.
- Buenas – saludó con una sonrisa Bruno.

Ambos se quedaron quietos, uno frente al otro, callados unos segundos.

- ¿Vienes de trabajar? – se atrevió a preguntar Bruno.
- Sí. Ahora estaba pensando si quedarme en casa o dar un paseo. Estoy algo cansada, pero es temprano. Andar un rato me despejará. Veo que tú vas a salir – añadió.
- Tengo clase. Soy profesor de braille en el centro cívico.
- Vaya, eres una caja de sorpresas – dijo Paola sin pensar.

Bruno se rio ante su sinceridad.

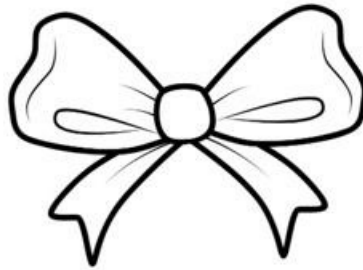
- Como ves no me gusta mucho estar sin hacer nada – confesó él.
- ¿Y está muy lejos el centro?
- No, diez minutos andando. Pero me gusta salir con tiempo por si hay algún imprevisto.

¿Qué tipo de imprevistos? Pensó Paola. Quería preguntarle, saber más sobre él y su condición.

- Entonces me aparto para que sigas tu camino – dijo ella en lugar de preguntarle.

Bruno volvió a sonreír y asintió. Se sentía cómodo hablando con ella.

- Gracias. Disfruta del paseo – se despidió mientras terminaba de bajar y abría el bastón blanco.



11 DE DICIEMBRE.

¡Por fin había llegado! Ilusionada, Paola abrió la puerta esperando que llegara su paquete. Había comprado un árbol de navidad artificial de segunda mano y varios adornos coloridos para decorarlo.

Mientras firmaba la recepción, Bruno apareció por las escaleras. Volvía a casa de natación, y estaba pensando en las pocas ganas que tenía de sentarse a trabajar... Escuchó la voz de Paola y una mujer en el rellano.

- Sí, estoy deseando colocarlo. Además de estos adornos, he comprado luces y guirnaldas.
- En mi casa lo montamos en el puente con mis hijos, fue un caos, pero divertido. Los adornos se han quedado muy mal colocados, pero a ellos les gusta así – contaba la mujer.
- Seguro que está ideal. Y será un gran recuerdo para ellos – dijo Paola.

Bruno esperó hasta que se despidieron y abrió la puerta del rellano.

- ¿Un paquete? – le preguntó.

¿Desde cuándo se metía tan descaradamente en la vida de los demás? Se reprimió. Él odiaba que se entrometieran en sus cosas y ahí estaba de repente preguntando. Aunque era una forma de conversar... se convenció.

- El paquete – respondió Paola sujetando la caja feliz -. Es un árbol de navidad. En mi casa no me dejaban tener ninguno, así que es un momento muy especial para mí.
- Me alegro entonces. Nosotros sí decorábamos, pero hace años que no pongo nada – dijo Bruno recordando esos tiempos.

Paola notó cierta nostalgia en su voz.

- Eso no puede ser... ¿Por qué no me ayudas?
- ¿Con el árbol? – preguntó incrédulo.
- ¡Sí! Me vendría bien, así es menos solitario.
- Eh, bueno, tengo que cambiarme y demás.
- ¿Nos vemos en una hora? – propuso ella.
- Vale.

No estaba seguro de cómo saldría aquello ni de porqué había aceptado. Simplemente... le apetecía, reflexionó.

¡Había aceptado! Paola dudaba que dijera que sí, pero se alegraba. Como no tenía mucha variedad de bebidas en el frigorífico, se abrigó y bajó un momento a la tienda a por refrescos y cervezas. Quizás un vino también.

Aprovechó para enviarle un audio a Marta, contándole los planes de montar el árbol y la inesperada invitación a su vecino.

- Así que Bruno, tu vecino que según describiste era guapo y con voz atrayente, ¡ah! Y una sonrisa bonita que debería mostrar más a menudo; y tú, vais a estar solos en casa haciendo un plan de pareja total – dijo Marta que la llamó en cuanto escuchó el audio.
- No lo digas así – se quejó Paola.
- ¿En qué me he equivocado?
- En el tono. Y es algo casual, un plan de amigos.
- Ajá.

Una hora más tarde, Bruno, que había elegido unos vaqueros anchos y un jersey pegado, se había peinado algo más de lo normal, y había usado un desodorante que olía fuerte, llamó al 1ºB. ¿Era demasiado? ¿Iba ridículo? En momentos así odiaba no poder verse ni ver la reacción de la otra persona.

- Muy puntual. Pasa – dijo Paola haciéndose a un lado.

Él pasó por la puerta y se quedó quieto. Paola dudó unos instantes sobre qué hacer a continuación. Lo mejor sería guiarlo hasta la esquina donde colocaría el árbol.

- Es todo recto, aunque cuidado que está el sofá – explicó.

Bruno anduvo a tientas hasta palpar el sofá. Siguió y chocó contra una mesita.

- Perdón – se disculpó él rápidamente.
- No, no te he avisado – dijo ella avergonzada.
- Es un sitio nuevo y no tengo ubicados los espacios.
- En ese caso, ¿por qué no los ubicamos? – dijo con determinación.

Ella sí que era una caja de sorpresas para él, por sus rápidas reacciones.

- Empecemos de nuevo desde la puerta – propuso Paola.

Él se acercó y le explicó detalladamente la distribución del piso y los muebles. Luego, fue palpando todo aquello para hacerse al espacio. Paola no lo sabía, pero, para Bruno, aquel gesto había llegado directo a su corazón.

Minutos más tarde, se quedaron en la esquina donde iría el árbol.

- Antes de empezar, no puede faltar un poco de jazz o música navideña – dijo ella.

Conectó el móvil al altavoz y abrió la caja. Ella le fue dando las partes del árbol, las unieron, y comenzaron a abrir las ramas agachados en el suelo. El árbol medía un metro y medio, y en el suelo estaban más cómodos.

- Ah, no te he ofrecido nada de beber. ¿Qué te apetece? He comprado variedad.
- Gracias – dijo Bruno sintiéndose sobrecogido -. ¿Qué vas a beber tú?

- Si te gusta el vino afrutado, podemos abrir la botella.
- Suena bien.

Paola preparó las copas con un poco de humus y patatas de picoteo, y las dejó en una bandeja cerca de ellos. Le indicó a Bruno dónde la ponía y este, lentamente, se acercó hasta ella y cogió una copa.

- ¿Brindamos?
- Por supuesto – dijo ella.

Entre el calor de la chimenea, el vino y la música, ambos se sentían familiarizados y cómodos. La poca tensión del principio se disipó y disfrutaron de la compañía el uno del otro.

- ¿Está quedando bien? – preguntaba Bruno de vez en cuando.
- Genial.

Cuando colocaron todos los adornos de la caja, Paola se levantó a por otro que guardaba con ella desde hacía años.

- Falta un último toque. Este adorno, un copo de nieve, era de mi abuela. Le tengo especial cariño – explicó ofreciéndoselo a Bruno para que lo tocara.
- Parece frágil – dijo él notando que era de cristal fino.
- Sí, no sé cómo ha aguantado hasta ahora – bromeó -. Pero el tiempo que dure conmigo, bienvenido es.

Terminaron con el árbol, Paola encendió las luces y le echó algunas fotos al resultado.

- Ha quedado precioso, tal y como quería. Gracias por acompañarme.
- Gracias a ti por invitarme.
- ¿Quieres otra copa antes de irte?

Bruno asintió y ambos se sentaron en el sofá con sus copas rellenas.

- Tu apartamento es muy cálido. Transmite buena energía, como tú – confesó.

El vino le estaba haciendo hablar de más, pensó. Terminaría la copa rápido y volvería a casa. Charlaron algo más sobre su infancia y sus trabajos. Por lo que contaban, ambos intuyeron que los dos estaban solteros, aunque ninguno lo preguntó en voz alta.

Antes de marcharse, mientras se despedían en la puerta, Bruno se atrevió a preguntar en voz alta lo que llevaba días rumiando en su cabeza.

- ¿Puedo tocarte la cara?

Paola se quedó muy pillada.

- Perdona, es una pregunta brusca y repentina.
- No... Bueno, algo sí que lo es.

Él se rio.

- No quiero incomodarte. Espero que algún día tengamos confianza suficiente para ello. Es mi forma de ver cómo eres...
- Lo entiendo – dijo ella.

Bruno se giró hacia su puerta, pero ella lo detuvo sujetándole el brazo.

- Hazlo.
- ¿Puedo? – se cercioró de haberla escuchado bien -. No quiero que te sientas obligada.
- Y no me siento así, solo que no me lo esperaba. Pero sí.

Ella cogió sus manos y las acercó a su cara. Él fue palpando suavemente su mandíbula, su mejilla, su frente, su nariz y, finalmente, sus labios. Paola tragó saliva. No imaginaba que un acto tan cotidiano para él, pudiera llegar a ser tan íntimo... incluso excitante.

Bruno sonrió y le dio las gracias de nuevo. Sí, era atractiva como le habían dicho, pensó.



12 DE DICIEMBRE

Es mi forma de verte. ¿Cuántos años llevaba sin decir eso? Pensó Bruno. En realidad, le daba igual cómo fueran quienes le rodeaban, Martín, Angustias, María, etc. Pero tenía la necesidad de sentir a Paola...

Resopló. ¿Por qué lo había hecho? Sería por el vino... Sí, echarle la culpa al vino era más fácil. Pero sabía que no. ¿Seguiría manteniendo la misma actitud hacia él?

Mientras todos esos pensamientos cruzaban su cabeza, Bruno tropezó y casi se cae si no llega a ser por Martín.

- ¿Dónde tienes la cabeza hoy? No me estás escuchando - le espetó este -. Estás resoplando y más callado de lo habitual. Y te he avisado del escalón.
- Lo sé. Estoy distraído.
- Creo que no te había visto así hasta ahora. ¿Qué pasa? - curioseó.
- Nada. Sigamos - dijo Bruno sin querer hablar del tema.
- ¿Seguro?

Bruno asintió, le dio una palmada en el hombro y siguieron corriendo.

Paola y Andrea se pararon a tomar algo al salir de trabajar. Había un bar cerca de la residencia que estaba bastante animado. Era viernes y mañana descansaban, así que aprovecharon para cenar y quedarse en un pub. Entre risas, bailaron un rato en mitad de la pista. De vez en cuando una salida sentaba bien, pensó Paola volviendo del baño.

Se había hecho tarde así que volvió en taxi a casa.

Frente a su puerta, se giró hacia la de Bruno recordando el momento de la noche pasada. Su

tacto... Paola se mordió el labio, suspiró y entró directa a desmaquillarse y acostarse.



13 DE DICIEMBRE

B: "He visto Last Christmas"

Bruno encontró la excusa perfecta para escribirle a Paola tras ver la película. Le había gustado, lo tenía que admitir.

P: "¿Y bien?"

Paola estaba en casa después de haber andado al medio día hasta la playa del Cervigón. Llevaba tiempo sin andar tanto, así que se sentía cansada. Por eso decidió pasar la noche en casa. Se alegraba de ser una persona introvertida que disfrutaba de su tiempo a solas. Su amiga Marta era todo lo contrario y no entendía que no quisiera hacer planes a diario con gente.

El repentino mensaje de Bruno le sacó una sonrisa.

B: "Inesperada. Me ha gustado"

P: "¿Alguna recomendación para mí?"

B: "Solo en casa 2 es un clásico de esta época"

P: "¡Llevo años sin verla! Ya tengo plan para ahora"

B: "¿Estás en casa?"

P: "Sí, justo buscando qué ver. ¿Tú también?"

B: "Igual. Podemos ver la peli y luego la comentamos"

¿Sería algo aburrido? Pensó Bruno.

P: "¿Por qué no vienes? Así la comentamos al momento. Además, tengo pizza para cenar"

P: "Luz es bienvenida"

Bruno no se esperaba esa invitación. Todavía tenía el recuerdo de la otra noche, cuando la acarició y llegó a sus labios... Llevaba años con el instinto dormido, pero, en ese momento, todo

su cuerpo deseó besarla. No estaba seguro de si aceptar o no, porque él mismo de sentía confuso. Ir le ayudaría a aclararse, concluyó.

Cambiando el pijama por un pantalón de chándal ancho y una sudadera, Luz y él salieron hacia el piso de ella.

- Bienvenidos.
- Con lo de la pizza me has convencido - bromeó -. He traído bebidas.

Recordaba la distribución, así que dejó las bebidas en el poyete de la cocina junto al frigorífico, sacó dos y se sentó en el sofá sin contratiempos.

Paola lo observaba moverse con ligereza por el espacio.

- La pizza está en el horno. En cuanto salga ponemos la peli, ¿te parece?
- Vale.

Luz, como la vez anterior, dio una vuelta por el espacio buscando un sitio donde acurrucarse. Finalmente saltó a una esquina del sofá y se hizo una bola ahí.

Mientras pasaban los minutos del horno, Paola le preguntó por Luz. Al parecer su hermano se la había encontrado dentro del motor de su coche y después de llevarla al veterinario había decidido adoptarla.

Bruno recordaba ese momento un año atrás. Sintió miedo al tomar la decisión, más bien no ser capaz de hacerlo bien, y se trataba de una vida. Lo meditó con el hermano y preparó las cosas. Luego, decidieron que probaría y, si no se adaptaba, se la quedaría Leo. Por suerte, Bruno era cabezón y consiguió que saliera bien. También debía agradecer a Luz que era muy buena y prácticamente solo quería mimos y dormir.

Con la cena lista, se sentaron en el sofá y Paola reprodujo la película. Nunca antes había escuchado el audio descriptivo y sentía que le faltaban detalles. Cuando no había diálogo describía el entorno, los letreros, las facciones, etc. Lo suficiente para que el oyente pudiera ubicar la historia.

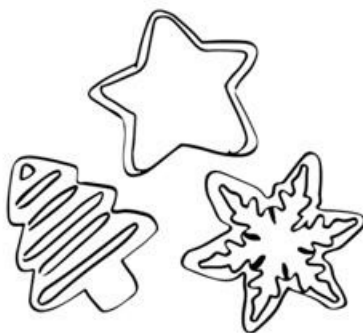
Paola se permitió observar a Bruno. Sus expresiones, sus facciones, las pequeñas arrugas que marcaban su frente y comisuras... Si pudiera verla la tacharía de loca, pensó. Le dio la sensación de que él notaba su mirada, porque se giró hacia ella. Paola abrió los ojos sorprendida y se giró corriendo de nuevo a la tele, como si fuera una niña pillada haciendo algo que no debía.

Cuando acabó la película y la comentaron alegremente, se hizo un pequeño silencio. A ninguno le apetecía despedirse.

- Me siento a gusto cuando estoy contigo – confesó Bruno.
- Yo también – admitió Paola sonriente.
- ¿Te apetece quedar mañana para tomar un café? – se atrevió él a preguntar.
- Justo mañana vienen mis padres para conocer el apartamento y comeremos fuera.
- Ah, vale.

Bueno, el que arriesga puede perder, pensó Bruno.

- Pero entre semana podría... - añadió ella.



14 DE DICIEMBRE

Leo había invitado a Bruno a comer con ellos. Aunque el tiempo no acompañara, Bruno no quería estar todo el día encerrado en casa, así que aceptó. Aprovecharía para sonsacarles qué querían para Navidad.

Todos los años por estas fechas hacía las compras navideñas de la familia. No le gustaba especialmente la idea de comprar por comprar o hacer muchos regalos. Prefería buscar un único detalle. Al igual que en los cumpleaños, a veces se animaba a ir de tiendas y otras lo pedía directamente por internet. Las tiendas estarían llenas, por lo que dudó. Tiendas llenas significaba mucho bullicio, empujones e incluso tropezarse con cosas del suelo... Quizás podría ir con Paola, le dijo que entre semana podía quedar.

Mientras se vestía, no tenía mucha variedad de prendas e intentaba que comprar cosas que pegaran entre sí, escuchó música proveniente de la casa de Paola. Eran villancicos en inglés y ella cantaba a pleno pulmón. Se rio para sí mismo. Notarla contenta le hacía sentirse bien. Pensó en coger el móvil y escribirle algún comentario burlándose de ella. Inmediatamente se le ocurrió que sería muy infantil... Suspiró. Ya no sabía ni cómo coquetear, porque quería coquetear con ella. Esa afirmación resonó en su cabeza. Paola le gustaba.

Soltó el móvil y anduvo por el salón de un lado para otro reflexionando. ¿Podría llegar a gustarle a ella? Su ceguera lo minimizaba...

Paola se dio los últimos retoques, apagó la música y salió al encuentro de sus padres. Cerrando tras de sí, echó un vistazo al rellano. Algo le chocaba... estaba muy soso. Sí, pensó, debía cambiar eso.

Fuera el frío y la amenaza de lluvia estaban muy presentes. Anduvo hasta el Paseo de Begoña, por donde había quedado con sus padres. Al ser días previos a Navidad, las tiendas estaban abiertas en domingo. Sus padres ya habían pasado la mañana mirando cosas, aprovechando que iban a la capital. Ella, de camino al Paseo, vio la decoración de un bazar que le dio una idea. Entró y compró una Flor de pascua y dos coronas navideñas iguales para puertas. Sonriente, miró su bolsa. Esperaba que a Bruno no le importara.

Después de comer, fueron a merendar. A medida que pasaban las horas, se hacía de noche en la ciudad. Convenció a sus padres para pasear y ver las luces, y los puestos. Hizo algunas fotos y compró el cojín que le gustó la otra vez.

Antes de marcharse, fueron al apartamento de ella. Su madre hizo una mueca al ver la decoración, pero Paola la ignoró. Estaba contenta y era su espacio.

Tras una rápida aprobación, se dispusieron a irse de vuelta a casa. Paola pensó en acompañarlos hasta el coche. Bajando la escalera, se cruzaron con Bruno.

Al escucharla, Bruno alzó la cara.

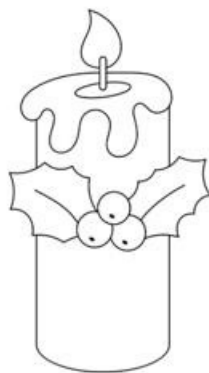
- Hola – saludó.
- Buenas – contestó ella sonriente -. Es mi vecino, Bruno – aclaró a sus padres.

Ellos lo saludaron, no sin antes echarle una mirada de arriba a abajo y fijarse en su bastón blanco. Su madre se giró hacia ella y ella le indicó que siguieran su camino.

- ¿Es ciego? – preguntó una vez abajo.
- Sí, pero no le impide llevar una vida autónoma.
- Pobrecito...
- No, no creo que sentir pena por él sea lo que quiere. Es muy agradable y nos estamos haciendo amigos – les contó Paola -. Cocina, trabaja, hace deporte, vive solo, tiene un gato... Admiración es lo que transmite.

Ellos asintieron asombrados.

Se despidieron y quedaron en verse el día 24 para cenar juntos. Aunque no decoraran la casa, era tradición reunirse a cenar con la familia.



15 DE DICIEMBRE

P: “¿Estás en casa?”

B: “Sí”

Paola salió y se dirigió al 1ºA con la corona navideña en la mano. Llamó esperando que a Bruno no le disgustara la idea.

- ¿Paola? – preguntó él a abrir la puerta.
- La misma. Tengo una cosa para ti, aunque si no te gusta, no tienes por qué ponerlo.

Bruno la escuchaba extrañado. ¿Le había comprado algo?

- Es un adorno para la puerta. Una corona verde con varillas de madera, un lazo rojo y dos campanitas amarillas – explicó -. Sé que no tienes decoración, lo mismo no te gusta... Pero ayer noté el pasillo del rellano muy soso y he comprado una flor de pascua que he colocado al fondo, no debe estorbar, y dos coronas iguales para las puertas.
- ¿Has comprado una para cada uno?
- ¡Claro! La mía ya la he colocado. Toma – dijo ofreciéndosela para que la tocara -. Como intuirás, es bonita.

Él se entretuvo unos segundos palpando la corona e imaginando cómo sería. Era cierto que no decoraba porque lo sentía absurdo, total, no podría verlo... Pero le pareció un buen detalle, y significaba que se había acordado de él... Finalmente sonrió.

- ¿Me ayudas a colocarla?
- ¡Sí! – celebró Paola.

Soltaron un poco la mirilla y engacharon ahí la corona. Mientras Bruno volvía a apretar la rosca

de la mirilla, Paola sacó el móvil y le hizo una foto que le envió.

- Te he enviado una foto de ti colocando el adorno.

Bruno dejó de sonreír y se quedó algo cabizbajo. Las fotos no tenían sentido para él. Paola, que notó su cambio de humor, intentó explicarse.

- Puede que para ti no signifiquen nada, pero estoy segura de que a los tuyos les encantará tener fotos tuyas.
- No es que no signifiquen nada, es solo que también me gustaría poder verlas – dijo él.
- Te entiendo...

Bruno, que no quería estropear el ambiente, suspiró y volvió a sonreír quitándole importancia.

- ¿Entonces ha quedado bien el rellano?
- Sí. Navideño – dijo ella mirando ambas puertas.

Leo: “Pero ¿qué ven mis ojos?”

Ya que tenía la foto, Bruno se la reenvió a familia. Su hermano contestó al instante.

Bruno: “Me lo ha traído Paola. No iba a decirle que no”

L: “Ah, el amor qué bonito. Está en la fase de no negarle nada a su enamorada”

B: “Anda, calla”

Madre: “Qué foto más bonita. Estás muy guapo, hijo. Y sonriendo”

M: “Ya me cae bien tu vecina. Y más si consigues que nos envíes fotos”

Al escuchar ese mensaje Bruno recordó las palabras de Paola de que, aunque para él las fotos no tenían sentido, para los suyos sí. Se sintió agradecido.



16 DE DICIEMBRE

Paola había salido más tarde de la residencia por unas reuniones que tenía con familiares. Eran casi las nueve de la noche y estaba cansada, con hambre y con frío. Encima no tenía nada preparado para comer... Suspiró. Seguramente se haría unos fideos instantáneos y poco más. Pasó frente a la ventana de la cocina de Angustias, como cada día, para enfilar las escaleras. Empezó a subir los peldaños cuando escuchó que esta la llamaba.

- Paola.

Bajó los pocos escalones y se asomó a la ventana abierta.

- Te he visto pasar. ¿Quieres cenar con nosotros? Bruno está aquí también.

Al saber que Bruno estaba ahí, sintió que no podía rechazar la invitación, y más cuando era comida preparada. Parecía que había vivido su pequeño milagro navideño, pensó sonriente.

- Bruno baja a veces a cenar con nosotros. Ya que os conocéis, me ha parecido buena idea avisarte también. No es mucho, sopa y tempura con hamburguesa.

- Es más que suficiente. Muchas gracias, Angustias.

Saludó a Bruno y, tras ofrecerle su ayuda a Angustias y ser rechazada, se sentó junto a él.

- ¿Día largo? – le preguntó cuando la escuchó suspirar.

- Algo así. Pero ha mejorado infinitamente. Huele de maravilla.

- Por eso vengo a menudo – bromeó él.

Cenaron mientras charlaban con Angustias. A Paola le gustó ver otra faceta de Bruno, y él reafirmó lo bien y cómodo que se sentía junto a ella. Esto hizo que reuniera la fuerza suficiente para, una vez subieron, volver a preguntarle si quería salir con él algún día.

- ¿Haces algo el miércoles?
- No – dijo ella tras pensarlo unos segundos.
- ¿Me acompañarías a comprar algunos regalos para navidad?
- ¡Por supuesto! A partir de las siete estaré libre.
- Nos vemos entonces a esa hora.



17 DE DICIEMBRE

Al finalizar la clase, una madre se acercó a hablar con Bruno. En el centro cívico, actualmente daba clases de braille a dos niños con problemas de visión y cinco adultos, cuatro eran los padres de ellos, y otro era un maestro que quería simplemente aprender lo básico.

Gracias a los padres, las clases avanzaban más rápido. Que ellos aprendieran y luego lo repasaran con sus hijos hacía más fácil todo el proceso de aprendizaje. De todas formas, Bruno se tomaba el tiempo que fuera necesario con cada uno de ellos.

Esa tarde, mientras uno de los alumnos salía con su padre al parque, la madre se paró un momento. Estaba preocupada porque no sentía que el colegio estuviera lo suficientemente adaptado para su hijo.

- ¿Le va mal? – preguntó Bruno preocupado.
- No, saca buenas notas y tiene amigos. Sus compañeros lo tratan bien y animan.
- ¿Entonces cuál es el problema?
- Es... no sé. Por mucho que quiera no es un chico normal – dijo ella preocupada.
- ¿Y quién es normal hoy en día? – bromeó Bruno -. Entiendo tu preocupación. Quieres protegerlo porque tienes miedo de que le pase algo. No puedes meterlo en una burbuja... Al contrario, hay que animarlo a probar cosas, a caerse y levantarse y a que descubra qué le gusta y qué no. Posiblemente tenga que esforzarse el doble, pero así aprenderá a manejarse bien.
- Lo sé...
- Si le va bien en clase y con los compañeros, creo que es algo que celebrar. Hoy en día los colegios están más adaptados, hay que sacar ventaja de ello.

- Hay veces que nos da miedo – confesó ella -. Cuando juega en los columpios o cuando quiere ir al campo.
- Es normal, pero pensad que sois su lugar seguro. Necesita que le deis seguridad en esos momentos. En el club de atletismo hay guías que pueden estar con él, en los columpios siempre podéis indicarle cómo avanzar; en el campo, podéis advertirle de si hay una piedra suelta, pero no quitarla. Necesita tropezarse.

A ella se le saltaron las lágrimas.

- Lo diferente cuesta – añadió él -. Pero es un gran chico, lo noto aquí en clase. Es trabajador. Estoy seguro de que le espera un buen futuro.
- Gracias – dijo ella usando la manga para secarse la cara.
- Espero haberos ayudado. Es normal que, como padres, os supere a veces la situación, queréis lo mejor para él. Estar abrumado es un sentimiento igual de válido que estar contento. Solo que no podéis quedaros en eso, hay que avanzar.
- Gracias, de verdad. Me siento mejor.

Durante el camino de vuelta, Bruno recordó lo difícil que había sido para su familia cuando perdió la vista. Fue tras un accidente de tráfico donde sus nervios fueron dañados, y supuso un cambio brutal en su vida y en la de su entorno. Por suerte, no se rindieron. Aunque lloró mil veces, se sintió menos y prefirió morir, ahora estaba contento y apreciaba la vida. El tiempo los hizo aprender y adaptarse. Su hermano también le había enseñado muchísimo. Bromeaba con él, lo retaba, peleaban y, básicamente, lo hacía exponerse.

Agradecido, una vez llegó a casa, le llamó para pedirle consejo sobre qué ponerse al día siguiente. Quería verse bien, informal, pero conjuntado y moderno.

Después de algunos comentarios sobre Paola y la cita, su hermano se lo tomó en serio y le ayudó. Bruno dejó preparado el conjunto en una percha. ¿Cuándo fue la última vez que tuvo una cita? Ya ni se acordaba... Aunque no estaba seguro de si podía llamar cita a la quedada. Era más bien dos conocidos juntándose para tomar algo.



18 DE DICIEMBRE

Mientras nadaba en la piscina, Bruno no dejaba de pensar en que en unas horas había quedado con Paola. Se notaba inquieto, así que nada como unos largos para soltar esa energía. Esta vez había ido por la tarde para hacer algo de tiempo hasta las siete. Aprovechó y se duchó y vistió allí en el polideportivo. Se esmeró en secarse el pelo, con este frío era imprescindible, y salió con su gorro para que le abrigara algo más. Lo que tardó en secarse bien le hizo llegar algo justo para dejar la ropa mojada en casa.

Paola estaba nerviosa. Se había retocado y puesto más colonia de lo normal, quería sentirse bien. Se enroscó la bufanda en el cuello y volvió a mirar la hora. Todavía quedaban cinco minutos para las siete, así que se sentó en el brazo del sofá mirando hacia la puerta.

Puso rápidamente una lavadora con la toalla y el bañador, terminó de preparar su bolsa con el bastón blanco plegado, su cartera y las llaves, y se dispuso a salir. Con el abrigo y los guantes en la mano, se despidió de Luz, y salió al pasillo. Tuvo que coger aire y soltarlo lentamente antes de llamar a la puerta de Paola. Ella abrió enseguida.

- ¿Lista para mirar regalos?
- Más que lista – dijo ella sonriente.

Salieron al frío de la calle y se dirigieron a la zona de las tiendas, por la calle Corrida. Bruno se prometió aguantar por muy agobiado que estuviera. Paola recordaba que no le gustaban los lugares muy abarrotados, así que estuvo atenta a él mientras caminaban.

Las calles estaban iluminadas y coloridas, también los escaparates. Paola iba admirando cada detalle y contándoselo con entusiasmo a Bruno, a la vez que él trataba de imaginarlo. Todo iba

de maravilla hasta que el bastón de Bruno chocó con varias personas. Se disculpaba continuamente y le costaba seguir la voz de Paola a la vez que se concentraba en avanzar sin tropezar.

Ella había notado el cambio, pero no estaba segura de cómo podía ayudarlo. Paró y decidió que preguntarle directamente sería lo mejor.

- ¿Puedo hacer algo para que vayas más cómodo?

Bruno dudó. Quería hacerlo solo, pero sabía cuándo debía pedir ayuda.

- ¿Puedo engancharme a tu brazo? – preguntó.
- Sin problema.

Ella le acercó el brazo y, con su otra mano, llevó la mano de él hasta este. Bruno cruzó su brazo y le susurró un gracias cerca de la oreja. Avanzaron un poco más.

- ¿Mejor?
- Sí – dijo este sonriendo.

Parecía que decía la verdad, así que Paola volvió a relajarse.

Entraron en varias tiendas hasta que consiguieron una chaqueta para Leo y un cuadro para casa de sus padres. Este último lo prepararían y enviarían por correo.

Como todavía era temprano y a ninguno le apetecía volver, decidieron ir a tomar algo. Se alejaron un poco de las tiendas y fueron en dirección a El Solarón. Por el camino, el olor a candela de un puesto de castañas les llamó la atención.

- Compremos unas pocas – propuso Paola.

Cuando Bruno asintió, esta tiró suavemente de él hacia el puesto.

- Una docena, por favor – pidió ella.
- Aquí tiene, señorita. Feliz navidad – dijo el castañero.
- Feliz navidad – respondió ella con una sonrisa.

Se alejaron unos pasos del puesto con el cartón en las manos.

- Déjame pagar...
- No – le cortó ella -. Ha sido idea mía.
- Insisto. Por acompañarme hoy.
- Mmm puedes pagarme con galletas caseras – bromeó Paola -. Además, estoy disfrutando de la tarde.
- Yo también.

Se entretuvieron un rato pelando las castañas y esperando a que se enfriaran un poco. Cuando las acabaron, Paola vio un bar que daba al parque y tenía hueco dentro. Se sentaron agradeciendo el calor del local, y se pidieron unas cervezas y patatas como picoteo.

Entre risas, fueron escuchándose, contándose anécdotas, compartiendo opiniones y descubriendo más el uno del otro. Bruno se descubrió a sí mismo contándole cosas de su infancia, antes del accidente, y también del proceso y el cambio que supuso en su familia. Era algo muy íntimo para él y llevaba tiempo sin compartirlo con nadie. Ella escuchaba e intentaba ponerse en su lugar para entenderlo lo mejor posible.

Sin darse cuenta, prácticamente había pasado una hora. Se hacía tarde y debían volver ya que mañana madrugaban.

Una vez salieron de nuevo al frío invierno, Paola se fijó en que el parque estaba prácticamente vacío de visitantes. Le apetecía dar un paseo entre las atracciones navideñas, los puestos y la decoración.

- Apenas hay gente – dijo -. Así lo disfrutaremos más.

Bruno asintió y se dejó guiar por ella. Se escuchaba el sonido mecánico de las atracciones, así

como el pitido que indicaba el inicio y el final del viaje, los altavoces con música de fondo y, sobre todo, los gritos de emoción de Paola cuando veía algo que le llamaba la atención.

- ¡Hay una pista de hielo! – exclamó Paola emocionada.
- De chico patinaba todos los años – dijo Bruno.
- ¿Y ahora?
- Bueno, es obvio – contestó confundido.
- Nunca he patinado, y tú llevas años sin hacerlo. Hay poca gente, así que me parece el momento perfecto.

¿Le estaba proponiendo patinar? Bruno no acababa de creérselo.

- No estoy seguro...
- ¡Venga! Si nos caemos nos levantamos. Como mucho conseguiremos unos cuantos cardenales. Además, hay accesorios con forma de pingüinos que sirven de ayuda para principiantes. Confía en mí.

Esas últimas palabras resonaron en su cabeza. Confiaría en ella.

- Hagámoslo.
- ¡Sííí! – celebró Paola.

Sacaron las entradas y Paola fue a recoger los patines. Una vez se cambiaron los zapatos, se dirigieron despacito a la pista. Como era tarde y entre semana, estaban solo unas siete personas.

- No me termino de creer que haya aceptado – dijo Bruno poniendo ambos pies en el hielo y agarrado a la baranda.
- Será divertido. Voy a coger un pingüino.

Patósamente, Paola se acercó despacito y dando traspiés hasta el accesorio de ayuda. Una vez lo sostuvo, notó la diferencia.

- Te presento a nuestro profesor particular, el señor Pingu – bromeó.

Bruno, sonriente, buscó a tientas las sujeciones y, una vez se notó seguro, empezó a avanzar. Paola, a su lado, observaba como iba cogiendo confianza. Mientras, ella seguía aprendiendo cómo deslizarse sin perder el equilibrio, pero finalmente se cayó de culo. Bruno siguió recto y chocó con la baranda del fondo haciendo que este también cayera.

El monitor los ayudó a ambos y Paola fue lo más rápido posible hasta Bruno.

- Lo siento – dijo sintiéndose mal -. ¿Te has hecho daño?

Le tocó los brazos para comprobar que todo estuviera bien.

- Lo siento – repitió.
- Estoy bien, no te preocupes – aclaró Bruno acariciándole el brazo -. No iba rápido así que no ha sido un gran golpe. ¿Tú estás bien?
- Solo un culetazo.
- Una pena habérmelo perdido – se burló.

Paola se quejó entre risas.

- ¿Por qué no dejamos a pingu y patinamos de la mano? Así, si nos caemos, no te lo perderás.
- Quieres arrastrarme y que tropecemos juntos.
- Definitivamente.

Ambos se dieron la mano y empezaron a avanzar con torpeza. Poco a poco, después de dos vueltas a la pista, encontraron un buen ritmo y se hicieron al hielo.

- ¡Esto es increíble! – dijo Paola sintiendo el aire frío a su alrededor.
- Sí. Gracias por convencerme.

Bruno también se sentía bien, rejuvenecido. Llevaba tiempo sin salir de su rutina y aquel plan

improvisado le estaba dando vida. Tomó aire sonriente y, sin darse cuenta, alargó la zancada algo más que las anteriores. Esto hizo que Paola se escurriera y ambos acabaron en el suelo carcajeando.

- Ay, otra vez mi culo.
- Lo siento, me he emocionado – se disculpó sacudiéndose el hielo de los guantes.
- Creo que por hoy es suficiente, ¿te parece?
- Sí, volvamos a casa.
- ¿Nos hacemos antes una foto?

Bruno iba a poner pegatas, pero se acordó de la reacción de su madre de la otra vez.

- Sácame guapo.

El camino de vuelta se les hizo ameno, como toda la tarde. Había silencios que no eran incómodos y, a la vez, temas de los que hablar. Con la experiencia en la pista, tuvieron anécdotas para rememorar.

Una vez en el pasillo que dividía sus puertas, ambos se quedaron en silencio.

- Lo he pasado muy bien – dijo él.
- Yo también.

Bruno quería salir de dudas y tantear la situación, pero tenía miedo de cagarla y alejar a Paola.

- La pista de hielo le ha dado un toque genial. Una cita para recordar.

Ya está, ya lo había dicho. Paolaladeó la cabeza mirándolo, estudiando sus expresiones. ¿Cita? Pensó. Sí, le apetecía definirlo así.

- Sí – contestó ella algo tímida.

Él sonrió.

- Bueno. Ya se ha hecho bastante tarde. Que descanses.
- Igualmente.

Estaba abriendo la puerta cuando la llamó de nuevo. Quizás era precipitado, pero le apetecía escuchar a su instinto y dejarse llevar.

- Oye, Paola. ¿Tienes tiempo mañana por la tarde?



19 DE DICIEMBRE

Habían quedado directamente en la puerta del centro cívico. Bruno invitó a Paola a acompañarlo a él y a otros voluntarios al evento anual navideño que organizaban. Consistía en visitas a residencias de ancianos. Algunos de los voluntarios se disfrazaban, cantaban villancicos y repartían tarjetas de felicitación y mantecados.

Cuando Paola llegó al centro, entró y vio un grupo de gente con atuendos navideños. Dedujo que eran ellos, pero, como Bruno no estaba, decidió llamarlo.

- Enseguida bajo – dijo este.

Apareció a los pocos minutos por el ascensor con dos niños y sus familias. Paola se acercó a ellos y les saludó.

- Ella es Paola, una amiga que nos va a acompañar hoy.
- Encantada.

Ambos niños la saludaron y fueron con sus padres hacia el grupo.

- ¿Lista para cantar? - preguntó Bruno.
- No estoy segura de que se alegren de escucharme. Cantar no es uno de mis fuertes - bromeó Paola.
- Ya verás qué alegría se llevan.

Y fue cierto. Los residentes los esperaban en el salón felices de tener una actividad distinta. Algunos familiares los acompañaban y pudieron compartir ese momento.

Los voluntarios cantaron, sacaron a bailar a algunos ancianos, repartieron tarjetas, gorros, guirnaldas y felicidad. Un residente, Santiago, pidió la pandereta y cantó mientras tocaba. Paola se acordó de su trabajo y pensó que ojalá poder hacer un evento así también en su residencia.

Este año sería muy precipitado, pero lo propondría para el siguiente.

En el proyecto que sí participaba su centro, era en el de "Adopta un abuelo". No lo conocía y, cuando supo sobre el proyecto, le emocionó. Durante todo el año se podían enviar cartas o felicitaciones de cumpleaños a ancianos que estaban solos en residencias. Por navidad, se podían escribir deseando unas felices fiestas. Desde su web, te asignaban una persona y describían su nombre, edad, aficiones y gustos, para poder hacer esta felicitación más personal. En estos días, ella había enviado ya varias, con la esperanza de que, cuando la leyeran, se mitigara un poco esa soledad.

- ¿Has hecho una tarjeta? – le preguntó a Bruno viendo cómo la sacaba de su bolsa.
- Sí. La hemos hecho en clase como actividad. Eso, y venir aquí. Quería que vivieran otras experiencias.

Paola se fijó y la tarjeta era su mano en verde como si fuera un árbol, y muchos puntos de colores que lo adornaban.

- Está muy bien – dijo ella.
- Sí, bueno. No hace falta que mientas. Pero gracias por tu amabilidad – comentó risueño.
- ¡Lo digo en serio!

Tras una foto grupal con los residentes, se despidieron de ellos y del grupo de voluntarios.

- ¿Vas para casa? – preguntó Paola.
- Sí. ¿Y tú?
- Me voy a parar a comprar, así que voy para el otro lado. Me ha gustado mucho lo de esta tarde, les ha animado y han tenido un rato de desconexión. Ya sabes que trabajo en una residencia, y proyectos así son muy importantes. Gracias por invitarme.
- Gracias a ti por venir.
- Ve con cuidado. Nos vemos.

Bruno asintió y se giró en dirección a casa. Paola, algo emotiva aún, fue a comprar un par de cosas que tenía en la lista. No dejaba de pensar en los residentes y sus caras de felicidad. Lo de hoy eran pequeños grandes gestos que cambiaban el día o la semana a la gente.



20 DE DICIEMBRE

Marta y Paola habían quedado para cenar y tomar algo. Marta descansaba al día siguiente y había ido a Gijón. Pasaría la noche en casa de Paola, una fiesta de pijamas como cuando eran pequeñas.

Recogió a Paola cuando salió de trabajar y fueron directamente al centro a por un descafeinado y algunos dulces de merienda. Se pusieron al día de las últimas novedades, incluyendo su quedada con Bruno de hacía dos días.

- Así que por eso te noto más distraída – dijo Marta -. Paseo navideño y pista de hielo, un plan muy romántico.
- No es... - intentó justificarse -, bueno sí. No sé. Admito que creo que me gusta.
- ¡Qué fuerte! Quiero conocerlo.
- No, que seguro que dices algún comentario.
- Ni una palabra, solo gesticularé.

Paola le dio un codazo para que no se burlara.

- Llevaba mucho sin verte ilusionada por alguien. Debe ser bueno.
- Lo es. Y atractivo – añadió ella.
- Entonces tienes que ir a por todas. Te toca a ti invitarlo a salir.
- Sí... - reflexionó -. Bueno, cambiemos de tema.

Cenaron y salieron un rato a tomarse unas cervezas a un pub cercano. Entrada la noche, y con mucho frío, volvieron a paso ligero hasta el apartamento.

- Así que aquí vive él. ¡A mi amiga le gustas! – dijo Marta elevando la voz.
- Shh ¡Calla! ¿Estás loca? Entra.

Paola abrió rápidamente y tiró de Marta hacia dentro.

Al otro lado del pasillo, tras la puerta, Bruno estaba tumbado en el sofá con Luz acurrucada en sus piernas, y escuchando un audio libro con los cascos puestos. Le estaba costando centrarse, pues su cabeza no hacía nada más que imaginarse a Paola y revivir estos días. Con lo que disfrutaba de su soledad y su espacio, le apetecía hacer más planes con ella.

Recordó el comentario de que como agradecimiento le podía hacer galletas, así decidió que las haría mañana. Buscaría una receta distinta a las anteriores y moldes navideños.



21 DE NOVIEMBRE

Durante su rato de descanso en el trabajo, Paola pensó en lo que le dijo Marta. Bruno ya la había invitado a salir un par de veces, le tocaba a ella. Además, le apetecía. Buscó si en los cines de allí tenían audioguía. No lo encontró en la web, así que llamó directamente para salir de dudas. Cuando le confirmaron que la tenían, revisó la cartelera. Había una película policiaca que parecía interesante.

Sin pensarlo mucho más, le escribió a Bruno proponiéndole el plan para mañana por la noche. Luego, guardó el móvil y siguió trabajando.

Bruno no vio el mensaje hasta horas más tarde. Había pasado la mañana trabajando en una traducción, y luego había ido a una tienda cercana a por los ingredientes para las galletas. No fue hasta que cogió el móvil para seguir la receta, cuando se dio cuenta que Paola le había escrito. Al escuchar el mensaje, sonrió abobado. Estaba más que encantado de ir al cine con ella. Que a Paola también le apeteciera hacer planes era buena señal, pensó.

Contento, puso música y canturreó mientras hacía las galletas.

Para no molestarla más o sentirse muy pesado, una vez se enfriaron las galletas las empaquetó e imprimió un folio donde puso: *“Las galletas de agradecimiento. Sé que no son necesarias, pero me apetecía. Esta vez son de chocolate con mermelada. Espero que te gusten.”*

Las dejó frente a su puerta, llamó al timbre y volvió a su casa rápidamente.

Cuando Paola abrió la puerta, se sorprendió al ver un pequeño paquete en el suelo. Extrañada, se agachó a leer la nota. Qué tonto, pensó sonriente. Nada más cerrar la puerta probó una de las galletas. La mezcla del chocolate amargo con el dulce de la mermelada le daban un toque

exquisito y diferente a lo que ella solía comer.

Sacó el móvil y le dio las gracias a Bruno enviando un montón de emoticonos de caritas con corazones.



22 DE DICIEMBRE

- ¿Te apetecen palomitas? – preguntó Paola.
- Sí. ¿Pedimos el menú mediano?
- Vale.

Bruno y ella estaban en los cines comprando algo para picotear durante la película. Habían llegado con tiempo de sobra, así que compraron la comida y luego fueron a recoger la audioguía para Bruno.

Entraron a la sala y Paola le ofreció que se enganchara a ella para subir los escalones. Le imponía un poco darle ayuda sin que él la pidiera. Por suerte, Bruno estaba relajado a su lado y, cuando le ofrecía ayuda, sonreía y la aceptaba.

Se sentaron en mitad de la sala. Estuvieron hablando bajito hasta que la película comenzó. Bruno se puso los auriculares. Empezó concentrado con ambos auriculares puestos, pero, a mitad de la película, se quitó el del lado que pegaba a Paola. Le apetecía poder comentar con ella sus sospechas sobre el asesino.

A tientas, le dio un golpecito en el hombro y se acercó a ella con tal acierto que ambas cabezas se chocaron.

- Lo siento – dijo riéndose.

El resto de la película lo pasaron susurrándose continuamente, hablando de los comportamientos, la víctima, los sospechosos, etc.

- Sabía que era el hermano – dijo Paola nada más salir.
- La verdad es que no me lo esperaba. Apostaba por la vecina, tenía un comportamiento

sospechoso.

- Era simplemente envidia hacia la víctima.

Llegaron a la parada del autobús y ambos se quedaron callados. Era tarde para cenar y, siendo mañana día laboral, también para tomar algo. Además, el frío y la lluvia fina no acompañaban. Pero ninguno quería acabar la cita.

Durante el trayecto, Bruno le comentó que mañana estaría en el centro cívico en una recogida de juguetes. Paola pensó que estaría bien llevar algo, intentaría pasarse al salir del trabajo. Mañana también tenía reuniones con familiares y no sabía con seguridad a qué hora acabaría.

Frente a frente cada uno en su puerta, se notaba cierta tensión en el ambiente. Paola, movida por un impulso, le tomó la mano y la llevó a su mejilla. Recordaba la vez que él le palpó la cara para conocerla, y deseaba que volviera a hacerlo. En realidad, deseaba besarlo y que la besara. Bruno, sorprendido, tomó eso como una invitación. Le acarició la mejilla y llegó hasta sus labios con el pulgar. Dio un paso al frente y poco a poco se acercó a ella. Estaban a punto de besarse cuando sonó el teléfono de él y ambos dieron un respingo.

Riéndose por la situación, se despidieron y Paola entró rápidamente en su apartamento con el corazón acelerado. Bruno, malhumorado con su hermano por la interrupción, se sentó en el sofá y dio un gran suspiro.

El día veinticuatro cenarían juntos, y le llamaba para decirle la hora a la que lo recogería. Bruno se quedó con la información y le colgó rápidamente. ¿Qué hubiera pasado si no hubiera llamado?



23 DE DICIEMBRE

Miró la hora en el móvil mientras esquivaba gente. Paola había terminado a las ocho de la tarde y no estaba segura de si seguiría el centro cívico abierto. Tenía prisa y sortear a tanta gente la estaba agobiando. Ella, en navidad y quejándose en vez de admirar las decoraciones y escaparates, no lo habría imaginado.

Pasó frente a una juguetería. Como no tenía juguetes antiguos para donar, pensó en comprar un par de cosas y llevarlas.

Suspiró nada mas entrar... Cuantísimos juguetes. Era hasta agobiante. ¿Qué debía elegir? Paseó por la tienda y, tras un vistazo a lo que había, decidió coger un juguete para menores de dos años y otro a partir de seis. Uno era de encajar piezas de maderita y el otro una especie de mini laboratorio con varios experimentos a probar.

Pagó y se dirigió a paso ligero hasta el centro cívico. Llegó diez minutos antes del cierre. Menos mal, pensó satisfecha.

La conserje la acompañó a la sala de recogida, donde había un par de voluntarios clasificando las donaciones. Dio un vistazo a la sala, pero no vio a Bruno. ¿Se habría ido ya?

- ¿Qué traes? – dijo una señora que se acercó a ella.
- Dos juegos para diferentes edades – contestó Paola dándole la bolsa.
- Oh, muchísimas gracias. Los niños estarán encantados.
- Gracias a vosotros por vuestra labor.

La mujer asintió sonriendo.

Paola se acercó curiosa a ver qué otros juguetes había. También haciendo algo de tiempo por si aparecía Bruno, aunque iban a cerrar ya...

- Perdona. ¿Está Bruno? – preguntó finalmente.
- ¿El voluntario? Se fue hace una media hora.
- Ah, vale. Gracias.

Se notó algo desilusionada de no haberlo visto ahí.

- Bueno, me voy ya entonces. Feliz navidad – se despidió Paola.
- Feliz navidad.

De camino a casa, pensó en que mañana se iría al pueblo al salir de trabajar y estaría fuera hasta el lunes. Quería despedirse de él antes de marcharse... Y más después de lo de anoche, cuando casi se besaron. Escondió su cabeza en la bufanda, sintiéndose tímida. Sí, quería desearle feliz navidad.

Con las llaves en la mano y frente a su apartamento, dudó si llamar a la puerta de Bruno o no. Al final se decidió a hacerlo, pero no tuvo respuesta. Decepcionada, se metió en casa a ponerse cómoda, cenar y ver alguna serie tranquilamente.



24 DE DICIEMBRE

Paola no hacía nada más que mirar la hora, tenía una oportunidad de ver a Bruno.

Por la mañana, él le había escrito preguntándole si ayer fue al centro cívico. Al parecer, la mujer que recogió los juguetes le comentó que le habían buscado. Hablando de que hoy cenarían con sus familias, Paola le dijo que salía de trabajar a las seis. Bruno le dejó caer que a esa hora estaría también por ahí. Como era cuando había quedado con su hermano en que lo recogería, lo llamó y le pidió que fuera algo más tarde a por él. No estaba seguro de porqué, quizás el ambiente festivo, pero quería esperar a Paola y despedirse de ella. Era como si tuviera que abrazarla y no pudiera pasar de hoy. Y eso que serían solo unos días lo que se iría... Pensó sintiéndose absurdo. Él ya tenía todo preparado, se limitó a sentarse en el sofá y esperar a que ella volviera a su casa. Dando golpecitos con el pie en el suelo, nervioso, le preguntaba a su altavoz inteligente cada poco rato la hora.

Paola llegó a su casa y rápidamente terminó de preparar la maleta y barrer y fregar para que el apartamento estuviera listo cuando volviera. Estaba terminando, cuando llamaron a su puerta. Abrió y vio a Bruno en el rellano con una mochila al hombro. Pensaba escribirle una vez que acabara de fregar, pero él se había adelantado.

- Hola – dijo ella feliz de verlo.
- Hola. Mi hermano vendrá en unos minutos y quería desearte unas felices fiestas.
- Igualmente. Pasa un momento – dijo Paola apartándose -. Tengo la fregona en la mano, voy a dejarla.

Ella fue al armario a guardarla y Bruno pasó. Paola escuchó el ruido de un golpe y se asomó

rápidamente a ver qué había pasado. Mierda, mierda. Al fregar, no había colocado el sofá en el mismo sitio y Bruno se había chocado.

- Los siento... – se disculpó.
- No tienes nada por lo que disculparte – la cortó.

Bruno se sentía abrumado. Avergonzado o más bien insuficiente. No era por el golpe en sí, si no por su causa.

- Me voy, mi hermano debe estar abajo – dijo seriamente caminando hacia la puerta.
- ¡Espera!

Paola había observado cómo había cambiado su cara y sabía que algo le pasaba. Llegó hasta él y se puso enfrente para frenarlo.

- He fregado el suelo y no me he dado cuenta de que el sofá no estaba en su sitio – explicó ella.
- No es por ti.
- ¿Entonces?
- No he podido darme cuenta de que el sofá estaba en otro sitio. ¿No lo entiendes? No veo. No es fácil, y cosas tan simples a mí se me escapan. Y me siento estúpido por pensar que contigo eso no sería un impedimento. Por un momento me sentí normal y capaz.
- Bruno, me gustas. Y una de las cosas que me gustan de ti es tu fortaleza, y tu capacidad de seguir aunque sea difícil.
- Te mereces alguien mejor...
- Este no es mi vecino, pareces muy distinto al Bruno de la pista de hielo.

Él suspiró. La entendía, pero de vez en cuando le daban bajones y su confianza flaqueaba, y ahora era uno de esos momentos.

Paola quería animarlo. Sabía que era algo momentáneo y quería hacerle entrar en razón.

- Yo...
- Ni siquiera lo hemos intentado – murmuró ella.
- También me gustas, Paola. Mucho. Por eso tengo miedo.

Paola se lanzó a abrazarlo nada más escuchar eso.

- Te gusto – le dijo.
- ¿No has escuchado el resto?
- El resto me da igual.

Bruno resopló, pero acabó rodeando a Paola con sus brazos y estrechándola. Permanecieron abrazados un buen rato.

- No tengas miedo – le susurró ella -. Y, si lo tienes, hazlo con miedo.

Al escucharla, no pudo evitar sonreír.

- Gracias, Paola – dijo soltándola y apoyando su frente en la de ella.
- Feliz navidad, Bruno.
- Feliz navidad – susurró antes de besarla.

¡Colorín colorado, este relato se ha acabado! Espero que te haya gustado esta pequeña historia navideña con pinceladas de superación, ayuda a los demás y, por supuesto, romance. A Paola y Bruno les queda toda una vida por delante conociéndose y aprendiendo el uno del otro. Como amante de la navidad, quería hacer un pequeño relato para estas fechas. No solo por las luces, la decoración, o las reuniones con la gente que importa, sino porque es época de esperanza y de dar. Algo así es lo que he intentado transmitir en estas páginas.

Nos veremos en la siguiente historia.

Gracias por leerme.

Imágenes de capítulos y portada extraídas de Canva.